

<https://jacobinlat.com>

02.10.25

Gaza y la economía del genocidio

MATAN KAMINER

TRADUCCIÓN: FLORENCIA OROZ

Incluso antes del 7 de octubre de 2023, los gazatíes habían quedado relegados al papel de población excedente con un nivel mínimo de empleo dentro de Israel. Su expulsión de la economía capitalista israelí contribuyó a sentar las bases para el genocidio.

El mundo observa con vergüenza y temor cómo Israel invade la ciudad de Gaza, llevando su campaña genocida contra los palestinos a un nuevo nivel de horror. La opinión pública en todo el mundo, incluida la de Estados Unidos, se ha vuelto desde hace tiempo contra la agresión de Israel. Los máximos órganos de gobierno internacional han hecho llamamientos para que se cese y se desista.

Pero mientras algunos gobiernos europeos han comenzado a distanciarse de Israel, los Estados más poderosos del bloque occidental siguen respaldándolo sin descanso. El secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, incluso voló a Tel Aviv para prometer personalmente el «apoyo total» de la administración Trump. El presidente israelí, Isaac Herzog, que declaró infamemente que en Gaza no había inocentes, fue recibido calurosamente por el primer ministro británico, Keir Starmer, en septiembre.

Israel es un pequeño Estado que depende totalmente de Estados Unidos y otros patrocinadores occidentales. ¿Por qué los líderes de estos países lo apoyan con tanta firmeza a pesar de la abrumadora desaprobación pública, e incluso a costa de sus propias [posibilidades](#) electorales? ¿Es la inclinación latente a eliminar a las poblaciones no blancas simplemente parte del ADN ideológico de Occidente, como sostiene la variante dominante de la teoría colonialista? ¿O hay algo en la dinámica del sistema capitalista mundial que hace posible, incluso probable, el genocidio?

A primera vista, tal afirmación puede parecer dudosa. Los capitalistas dependen del trabajo humano para obtener sus beneficios, así que ¿qué

utilidad podrían encontrar en la destrucción de la fuerza de trabajo humana? Sin embargo, la historia del capitalismo es también la historia de un número cada vez mayor de personas expulsadas del empleo productivo.

Los palestinos en general, y los habitantes de Gaza en particular, se encuentran entre quienes se han convertido en «poblaciones excedentes», a las que el capital global se complace en condenar a la destrucción cuando se rebelan contra su destino, como inevitablemente hacen.

Poblaciones excedentes

Si bien los capitalistas individuales solo pueden obtener beneficios explotando a los trabajadores, la competencia con otros capitalistas les obliga a economizar en mano de obra. Como demostró Karl Marx en *El capital*, este aumento de la productividad da lugar a un crecimiento a largo plazo del número de trabajadores excedentes con respecto a las necesidades del capital, y que, por lo tanto, no pueden encontrar un empleo productivo. Una reciente [investigación](#) estima que el tamaño de esta «población excedente» es aproximadamente del 40 al 60% de la humanidad actual. Y esa proporción está creciendo.

Cuanto más perdure el capitalismo, más a menudo el trabajador medio, a nivel mundial, estará expuesto al desempleo y la pobreza. Pero no existe una dicotomía pura: en lugar de dividirse en dos partes estables, el proletariado tiende a estratificarse en diferentes fracciones, cada una de ellas asociada a un nivel concreto de acceso a un empleo estable. En la mayoría de los casos, esto está vinculado a categorías como la raza, la casta, la religión y el género. Los controles fronterizos cada vez más estrictos hacen que la ciudadanía, en particular, sea un factor crucial para la relegación al grupo excedente.

Incluso si el capital no necesita constantemente su mano de obra, a menudo encuentra otros usos para las poblaciones excedentarias. Se complace en utilizar a los trabajadores excedentarios, incluidos los inmigrantes, como un «ejército de reserva» que puede ser contratado rápidamente en épocas de bonanza, despedido durante las recesiones y manipulado de otras maneras para reducir los salarios. El desarrollo capitalista también reduce progresivamente el costo de las necesidades

básicas, lo que hace relativamente asequible mantener con vida a las poblaciones excedentarias con [ayuda humanitaria](#).

Sin embargo, el capital está fundamentalmente libre de cualquier compromiso con la reproducción a largo plazo de estas poblaciones a lo largo de las generaciones. Si se le da la oportunidad, está encantado de experimentar con métodos que combinan la explotación con el agotamiento de su nivel de vida. La destrucción del apoyo estatal a la reproducción social en países del Sur Global como Bangladesh a través del «ajuste estructural» no ha impedido que el capital global explote a sus clases trabajadoras cada vez más empobrecidas.

De la hiperexplotación al genocidio

Por monstruosa que sea, esta hiperexplotación no es genocidio. Sin embargo, puede derivar en él, como demuestra [la historia de Adam Tooze](#) sobre la economía nazi. Tooze vincula el exterminio de los judíos de Europa del Este con el Generalplan Ost, el plan colonialista de Adolf Hitler, que pretendía convertir la región en el hinterland agrario de Alemania. Según este plan (apoyado con entusiasmo por los capitalistas alemanes), todos los judíos de la región y muchos de sus otros habitantes se convertirían en excedente y, por lo tanto, estarían destinados a la expulsión o la muerte.

Pero la lógica nazi exigía tanto la utilización de toda la mano de obra disponible como la conservación de alimentos y otros medios de subsistencia para los soldados y civiles alemanes. De ahí la estructura del complejo de Auschwitz-Birkenau, que tenía como objetivo una combinación «racional» de explotación y aniquilación. Los prisioneros que no podían proporcionar mano de obra excedente eran asesinados inmediatamente, mientras que el resto eran explotados hasta la muerte, ya que se extraía el máximo esfuerzo de sus cuerpos desnutridos, mientras los científicos experimentaban con la optimización de las funciones fisiológicas pertinentes. Aunque no iba acompañada de la misma ideología ultrarracista, la política británica de «[transferencia forzosa](#)» de calorías de los civiles indios al ejército también provocó la inanición de millones de personas (al igual que prácticas análogas en la Unión Soviética).

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el aumento de

la productividad agrícola abarató considerablemente la alimentación de la población, y los Estados imperiales ya no tuvieron que elegir entre alimentar a la metrópoli y a la colonia. Como han demostrado los estudios agrícolas críticos, el vertido de excedentes alimentarios en el Tercer Mundo como «ayuda» reforzó los beneficios occidentales, al tiempo que socavó el control de los campesinos del Sur sobre sus tierras, lo que, paradójicamente, los hizo más vulnerables al hambre a pesar de los excedentes alimentarios mundiales. La profundización de la dependencia del mercado en el Sur condujo a un mayor crecimiento de la población excedente, ahora concentrada en las zonas urbanas.

La formación de la Franja de Gaza

En Oriente Medio, hoy en día la región más dependiente de los alimentos del mundo, esta dinámica ha sido especialmente marcada. Dentro de Oriente Medio, la Franja de Gaza es un caso particularmente extremo. Los campesinos palestinos, expulsados en su mayoría en la Nakba de 1948 y reunidos en campos de refugiados alrededor del nuevo Estado de Israel, se convirtieron en la población excedente por excelencia de la región.

El pequeño territorio costero que se convertiría en la Franja de Gaza surgió de la catástrofe como un protectorado egipcio que acogía a cientos de miles de refugiados de todo el sur de Palestina. En esto era muy diferente de la Cisjordania ocupada por Jordania, una zona más grande donde los campesinos locales lograron conservar gran parte de sus tierras. Tras la ocupación de ambos territorios en 1967, los palestinos de Gaza y Cisjordania entraron en el mercado laboral israelí.

En 1986, el 46% de la población activa de Gaza trabajaba en Israel, lo que contribuyó a alimentar el largo auge económico del país. Pero la política de «des-desarrollo» de Israel perpetuó la precariedad de Gaza. Impidió el surgimiento de una base productiva dentro de la franja, al tiempo que trabajaba para evitar que las empresas israelíes dependieran indebidamente de la mano de obra de Gaza, que consideraba una posible responsabilidad política.

Este potencial se hizo realidad con la Primera Intifada de 1987-1991, que desencadenó la expulsión gradual de los trabajadores palestinos y en particular de los gazatíes de la economía israelí, y su [sustitución](#) por

migrantes del Sur Global. El «proceso de paz» de Oslo y la estrategia de «separación» de Israel aceleraron esta tendencia y, en 2022, solo el 3,5% de la mano de obra de Gaza estaba empleada en Israel. Con el estallido de la guerra en 2023, quedaron completamente excluidos. Así, prácticamente todos los habitantes de Gaza han sido expulsados incluso de las filas de la capa de población excedente empleada periódicamente.

Autonomía escasa

El acuerdo impuesto a los dirigentes de Gaza entre 2007 y 2023, descrito por Tareq Baconi en [Hamás Contained](#), indica lo que se ofrece a las poblaciones excedentarias en el mundo actual. Bloqueada por tres lados por Israel y por uno por Egipto, a Gaza se le concedió cierta autonomía interna y ayuda alimentaria suficiente para evitar la hambruna.

A cambio, se esperaba que los residentes de la franja aceptaran rondas rutinarias de violencia punitiva, pobreza extrema, separación del resto del pueblo palestino y olvido internacional. Este acuerdo, en particular, involucró no solo a Israel, adversario de Hamás, que se comprometió a no derrocar su gobierno, sino también a su aliado Qatar, que proporcionó los fondos necesarios para mantener con vida a los habitantes de Gaza, pero en un estado de animación suspendida económica y política.

El 7 de octubre de 2023 Hamás dio al traste con este acuerdo al lanzar una ofensiva sorpresa contra la región israelí que rodea Gaza, atacando tanto a civiles como a soldados. Ese mismo día, la población de Gaza (a la que no se consultó de ninguna manera sobre los planes del ataque) comenzó a pagar el precio: una ofensiva israelí de derramamiento de sangre indiscriminado, con una proporción de muertes de al menos setenta a uno —hasta la fecha— y la destrucción deliberada y generalizada de infraestructuras, incluidos hospitales y escuelas.

Los académicos y activistas palestinos, citando las declaraciones de los líderes israelíes, así como sus acciones, declararon inmediatamente que se trataba de un genocidio incipiente, opinión que ahora corroboran numerosas autoridades jurídicas y académicas. Los actores regionales que actúan en solidaridad con Gaza —Hezbollah, los hutíes en Yemen e Irán— han sido blanco de ataques uno tras otro, siempre con el apoyo tácito o entusiasta de Estados Unidos, la Unión Europea y los aliados

«abrahámicos» de Israel en Oriente Medio. Ni siquiera el reciente ataque de Israel a Qatar, un fiel aliado de Estados Unidos, ha hecho tambalear este apoyo.

El costo de la rebelión

Obviamente, el genocidio de Israel no puede explicarse exclusivamente por factores económicos. También son relevantes otros niveles de análisis, desde las expertas manipulaciones de Benjamin Netanyahu de la escena política israelí hasta la confluencia ideológica entre el mesianismo evangélico y el sionista. Pero comprender cómo el capitalismo conduce a la aparición de poblaciones excedentarias y por qué el capital es, en el mejor de los casos, indiferente a su destino, nos ayuda a entender por qué quienes ocupan las alturas del imperio se han comprometido ahora a apoyar el castigo de Israel a Gaza.

El motivo, en pocas palabras, es poner un precio exorbitante a estas poblaciones que se rebelan contra su contención. A esa parte creciente de la humanidad que puede ver su propia miseria en la figura de los palestinos, la aniquilación de parte de Israel, respaldada por Occidente, envía un mensaje contundente: permanezcan en sus «agujeros de mierda» (como los llama Donald Trump), y se les permitirá una vida miserable y vegetativa, pero sin trabajo productivo ni control significativo sobre su futuro colectivo. Intenten escapar y serán destruidos.

Por espeluznante que sea este mensaje, no hay nada en él que se oponga a los intereses del capital. El genocidio nunca es inevitable, siempre es responsabilidad criminal de individuos y Estados concretos. Pero en un mundo gobernado por un sistema que trata a los propios seres humanos como superfluos, es un peligro siempre presente y creciente.